

Su crimen

y otros relatos

Francisco J. Lauriño

© Francisco J. Lauriño, 2005

ISBN: 84-934323-7-7

Depósito legal:

Diseño, maquetación y producción: Joseba Berriotxo - www.erroteta.com

Impresión:

Printed in UE.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, grabarse o transmitirse en forma alguna, cualquiera que sea el método utilizado, sin autorización expresa por escrito de los titulares del Copyright.

Su crimen

y otros relatos

Francisco J. Lauriño



Este libro está dedicado a Teresa Martín

ÍNDICE

El Ciclo del Trece	9
El sabor de la sangre.....	18
Su crimen	24
El cráneo partido	27
Pistolero	31
El peaje.....	36
La Plaza	45
La rabia.....	47
Los Primeros Fríos	50
El Bar.....	52
Melómano	55
Una nota.....	58
El parto.....	60
Anda	67
Eutrapelia	75
Amargura.....	91
No me olvides	94
Metafísico recuerdo en gris.....	98
Solo de saxo	103
Comunión con Manú	110

EL CICLO DEL TRECE

Para Seve

En la calle Fernán Laínez, próxima a la de Los Fueros, se yergue un caserón de piedra, cuya puerta, grande y mohosa, está coronada por un escudo, tallado en el frontispicio, que representa a un joven guerrero medieval sujetando, con evidente esfuerzo, una trampilla o pequeña puerta dibujada sobre una pared. El escudo permaneció oculto durante muchos años porque, aunque el caserón fue alzado a mediados del siglo XII y todavía se conservan las paredes maestras, sus propietarios posteriores fueron trastocando los muros con adornos y encalados y revoques que llegaron a cubrir por completo la fachada principal.

A principios del siglo XX, un arquitecto catalán descubrió el caserón en un viaje a las profundidades de Castilla, la Vieja, y, adivinando piedras más nobles bajo los infames revestimientos, quiso dejar al descubierto lo que los dueños anteriores se habían afanado en ocultar.

El arquitecto no tuvo más remedio que averiguar el nombre y paradero del propietario, lo que no le fue nada

difícil, porque residía en una casa, también vieja y de piedra, justo al lado del atractivo monumento.

El propietario era un hombre hosco, alto, cetrino, encorvado y entrado en años, de paso cansino, cuyo rostro aparecía surcado de arrugas. Al arquitecto, Pere Sants, le hizo entrar y acomodarse en un sillón, al lado del hogar que calentaba la gélida estancia. Era evidente que aquel hombre vivía solo, pero su posición era lo bastante holgada como para estar rodeado de curiosas antigüedades y de objetos que bien pudieran hacer las veces de piezas de museo. Después de los saludos correspondientes, Sants le habló con claridad y sin rodeos, presentándose como arquitecto y solicitando permiso para intentar pulir el afeitado caserón hasta dejarlo en su original estado.

–¡Ojalá no vaya usted más allá de la imagen que representa al guerrero! –le contestó–, pero el ciclo de los siglos es imparable y hace ya años que nuestra familia le esperaba.

Sants interpretó la respuesta como una aceptación a su demanda, pese a las extrañas palabras que para ello había utilizado aquel solitario anciano, y que él supuso motivadas por la edad y el –podría ser– poco trato con las gentes, que eran en aquel pueblo poco locuaces y bastante dadas al encierro hogareño, a juzgar por el hecho de que en dos horas de paseo por las calles –bien que invierno y tarde fría–, tan solo había acertado a ver dos perros y un jinete que pasó de largo, al galope, con rechinar de cascos sobre el empedrado de las calles.

Sants le pidió al viejo un permiso por escrito para acometer las obras de limpieza y, a los pocos días, un par de peones trabajaban ya sobre la fachada. En poco tiempo el aspecto original del caserón le fue restituido y el escudo del frontispicio apareció mientras el propio Sants trabajaba sobre la puerta con febril inconstancia. Fue extraño que, al día siguiente del hecho, los dos peones no volvieran a la obra, aun sin haber percibido la liquidación de sus salarios, pero el arquitecto lo achacó a inconstancia o a la posibilidad de que hubieran encontrado un patrón más generoso. De todas maneras, el trabajo ya casi estaba concluido y él solo se bastaría para dar los oportunos retoques finales. Así, a la semana siguiente, el caserón lucía con toda su contundencia medieval, libre de añadidos ajenos a su original factura.

La presencia del caserón, hoy en día, es exactamente la que Sants descubrió, pero su puerta ha permanecido cerrada durante más de ochenta años, desde que el arquitecto enloqueciera en su interior.

El propietario falleció poco después de terminadas las obras y Sants se sorprendió mucho cuando, en su testamento, el anciano le legó el caserón con “todo su contenido”, porque esa, según el abogado que, en Madrid, se lo leyó, sería una forma de librar de él a su familia –ahora ya sólo compuesta por parientes lejanos, residentes en América–, que había estado sujeta a él desde fines de 1657, año en que el duque García Guzmán, antepasado del viejo, se había prendado del ya entonces antiguo edificio, y lo había adquirido a su anterior propietario.

–¿Qué es eso de “librar de él” a la familia? –preguntó Sants.

–Verá usted: se dice que los tres propietarios del caserón, y los familiares que lo fueron heredando durante casi ochocientos años de historia, han estado siempre sujetos al maleficio de la construcción. Sucesivas desgracias se cebaban sobre el pueblo, ellos enloquecían y sus parientes eran condenados a vivir en la más completa soledad, no se sabe muy bien porqué ni por quién, esperando a que un nuevo propietario viniera a liberarlos. El caso del anciano, encerrado en las salas de la casa contigua al caserón, parecería probarlo. Pero yo de usted no haría demasiado caso a esas leyendas populares ni a los desvaríos de este pobre viejo, que seguramente le ha legado a usted su patrimonio por el interés de hombre culto que usted ha mostrado en él y por ausencia de parientes cercanos. Ya sabe, señor Sants, que en los pueblos las leyendas son algo habitual y ya conoce la tradición enorme que existe en los pueblos de nuestra Castilla, la riqueza del Romanero, y todo eso...

–Cierto que las leyendas populares enriquecen el patrimonio cultural. De todos modos, me alegro de que una de esas leyendas pese sobre el caserón, y más aún, de que haya sido el motivo por el que ha pasado a ser propiedad mía –fue la respuesta de Sants–. Bien, señor Méndez, no le entretengo más. Muchas gracias por todo.

–Vaya usted con Dios, y que lo disfrute.

Sants había centrado los trabajos de limpieza en el exterior. El interior le parecía mucho menos interesante por-

que las estancias habían cambiado de distribución con el paso del tiempo, o eso se le antojaba. El exterior tenía un magnetismo especial; había en él, implícita, una especie de llamada que iba directa a la conciencia.

Durante el tiempo de los trabajos el interior había sido objeto de una limpieza más o menos superficial y sólo una cosa era digna de su atención: la irregular disposición de las piedras en cierta zona del suelo, lo que indicaba, casi sin dudar, la posibilidad de existencia de un sótano. Se disponía a levantar el suelo en ese lugar, ya finalizado el trabajo exterior, cuando le sorprendió el fallecimiento del anciano. Y ahora, que él mismo era el propietario legal, seguía teniendo completa libertad para actuar allá dentro. El horror que, después, se elevaría como fétido vapor envolviendo todo el pueblo, es cosa que todavía hoy se recuerda con recelo y, cuando de ello se trata, los habitantes del pequeño pueblo castellano cambian de tema con agilidad y comentan el último gol del Real Madrid o la corrida que, a las cinco de la tarde, contemplan por televisión mientras juegan un tute y se beben sus cafés.

El arquitecto consiguió levantar las losas que cubrían el suelo en aquella parte y encontró, como ya esperaba, un estrecho y húmedo pasadizo escalonado que descendía, entre un intenso olor a humedad, hacia un insondable abismo negro. Apasionado por el hallazgo, se introdujo en el hueco, provisto de un candil, y comenzó a descender por los gastados escalones de piedra. La escalera no era tan larga como la oscuridad le había hecho creer,

pero después de los tres primeros peldaños un barrillo viscoso y color chocolate le obligó a tomar precauciones para evitar un peligroso resbalón. Descendió unos trece o catorce escalones y se encontró sobre un piso de tierra húmeda y negra, muy distinta de los arcillosos y resecos terronales castellanos, y creyó hallarse en otro mundo, rodeado por aquel olor, cada vez más intenso, que más parecía el de una mina abandonada en la ladera de cualquier monte del norte que el de un sótano de Castilla. Sants no era supersticioso; era agnóstico y los problemas del más allá resbalaban sobre su realidad como el agua sobre el aceite. Pero, allí introducido, el corazón le dio un vuelco al sorprenderse pensando en Satanás y en extraños peligros. No obstante, la sensación duró solamente unos instantes y, enarbolando el candil, dirigió la luz hacia las paredes que le rodeaban. Eran también de tierra, de una tierra comprimida y mohosa, y la inspección le reveló que la oquedad no tendría más de dos metros de ancho por otros dos de alto; a lo largo, el hueco se perdía en la tiniebla.

Avanzó por el pasillo para, al cabo de varios metros, encontrarse otra vez con varios escalones, iguales en todo a los de antes. Los contó y también resultaron ser trece (antes había creído que eran trece o catorce). La operación de recorrer pasillos y bajar escalones se repitió otras trece veces más; así, en total, Sants había descendido ciento sesenta y nueve escalones que, con el grado de inclinación y la altura que les calculó, podrían significar un descenso de cien metros. Al final de cierto pasillo no encontró, como esperaba, una nueva escalera que le condu-

jese al siguiente corredor, sino otra cosa que le llamó vivamente la atención.

El pasillo se cerraba con una pared también de tierra apisonada, pero en mitad de ella había una ventana cuadrada de cincuenta centímetros de lado, cerrada por una puerta mohosa y carcomida, de madera. Aquella ventana y aquella puerta que a duras penas la cerraba representaban una realidad idéntica a la trampilla que se reproducía en el escudo del frontispicio, en la fachada del caserón. La existencia de esa realidad estalló en la mente del arquitecto como una bomba de fantásticas resonancias. ¿Qué secreto encerraría aquella ancestral ventana? Probablemente nada, un osario, una bodega, cualquier cripta abandonada siglos atrás, que, históricamente, tuviese relación con el original diseño del escudo. En todo caso, la curiosidad se apoderó de él y evitando el temor que quería producirle el recuerdo de las palabras del viejo propietario (“¡ojalá no vaya usted más allá de la imagen que representa al guerrero!”) tiró de la trampilla.

La madera podrida se deshizo con el tirón y un montón de astillas cayó a sus pies. El olor a humedad se incrementó entonces, y se transformó, paulatinamente, en algo más difícil de definir. Sants se asomó a la ventana e inmediatamente todo el pueblo pudo oír un grito sobrehumano que erizó los cabellos a los más firmes y decididos y valientes moradores de aquellas latitudes. Después solamente el silencio. Sants se retiró y sacó la cabeza del hueco. Su rostro era brillante, como metálico. Tenía la mirada perdida y se movía como un autómata a la luz del candil que había caído, sin apagarse, a su lado.

Aquella noche dos niños de pocos meses fueron degollados en sus cunas y varias personas más murieron en circunstancias muy extrañas; las expresiones de terror reflejadas en sus rostros hacían suponer el horrendo fin que su asesino les había suministrado. También la noche siguiente hubo víctimas. Así, hasta completar el número total y prescrito: trece. Trece muertes violentas que la justicia atribuyó a Pere Sants, arquitecto, que, poseído de un ataque de locura, había asesinado indiscriminadamente a personas inocentes en el añejo pueblo castellano de Vela del Encinar. Así lo escriben los diarios de la época, que los llamaron “los crímenes del arquitecto loco”.

Yo he ido a la calle de Fernán Laínez, en Vela del Encinar, porque mi tío, antes de morir en un manicomio de Tarragona, me pidió, con lágrimas en los ojos, que creyera en su inocencia, y me contó toda esta historia, revelándome, de paso, que aquellas muertes habían sido el sacrificio ritual que un espantoso verdugo procedente del pasado había realizado al haber sido liberado del oscuro habitáculo en el que un guerrero, durante la Edad Media, le confinó.

Cuando descendí al oscuro averno descrito por mi tío, provisto de mi linterna a pilas, lo encontré todo tal como él me había dicho. Al final del pasillo cerré la trampilla con una nueva puerta de madera –sólo la madera puede contener su fuerza– que previamente había mandado construir, y al hacerlo una extraña resistencia empujaba de ella, briosamente, hacia afuera. Me he sentido, entonces, guerrero medieval y he sabido que allí dentro mora

un demonio sanguinario, un degenerado descendiente de los Primigenios, que ya ocupaban la Tierra muchos milenios antes de que el hombre apareciera sobre ella, y que fueron desterrados, casi en su totalidad, a vagar por mundos exteriores a la espera de una nueva oportunidad que les permita volver. También he sabido, por la misma fuerza mental, que el caserón fue construido para evitar que los hombres se acerquen a la trampilla y puedan abrirla. Temporalmente, la influencia del mal que se encierra allí se transmite al caserón y éste, como un imán, atrae al viajero y, a veces, le obliga a llegar hasta la trampilla y abrirla. Esto ha sucedido al menos cuatro veces a lo largo de su historia. El ciclo de los siglos exige trece. Trece es su número, no me preguntéis porqué. Y yo ya sé que estoy condenado de por vida a la más completa soledad –yo y mis herederos–, en espera del viajero que, pidiéndonos permiso, quiera adentrarse en el caserón y nos libere.

EL SABOR DE LA SANGRE

Si un par de horas antes, al aceptar el caramelo de menta que el viejo maestro le tendía con una sonrisa, se hubiera imaginado que la película de ese día iba a terminar así, se habría escapado corriendo, corriendo, hasta llegar al fin del mundo. Pero ahora, en mitad de aquella obtusa velada, que se parecía mucho a una comedia del absurdo, decidió Medardo desenvolver el dulce y metérselo en la boca, quizás para, en el sabor fragante a hierbabuena azucarada, hallar una tranquilidad imposible.

Hacía bastantes minutos que la oscuridad de la sala se había quedado, además, en silencio, y eso no era lo habitual. Lo que él, como siempre, creía un encuentro casi de teatro, quizás más revelador que otras veces, entre las filas de butacas, una dramatización de la vida misma que podría aportar la luz que buscaba siempre en aquellas escenas robadas a ciertos personajes para iluminar su propia vida, y sospechando que esta vez los protagonistas podrían ser todavía más lumínicos, había dejado de ser una escena para convertirse en una secuencia. Porque había mudado no sólo el escenario, sino también –y estaba seguro de eso puesto que tardaban demasiado en volver– la acción que de los personajes esperaba. Y sobre todo las palabras, las deseadas palabras que, clarificadoras, quería oír brotar de los labios de algún espionado, las palabras que pudieran desvelarle los recónditos secretos que todo el mundo se había negado a descifrarle durante mucho tiempo, y que se habían transformado, poco a poco, en